

Danuta Teresa Mozejko y Ricardo Lionel Costa*

⇒ **Disputa por el control de la verdad histórica: La polémica entre Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre**

Resumen: La polémica que entablan Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre en 1881 a partir de la tercera edición de la *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, parece centrada en la recuperación de la historia, especialmente de los hechos ligados a las luchas de la independencia, como si se tratase de escudriñar la verdad acerca de los orígenes de la identidad argentina, presentada como el único fundamento sólido para construir el futuro. Nuestra hipótesis, formulada a partir de un enfoque interdisciplinario de análisis de discurso y sociología, postula en cambio que: a) lo que está en juego no es tanto la verdad de los hechos del pasado sino más bien el control de la definición de la verdad en la historia argentina y b) las estrategias discursivas utilizadas guardan relación con las características que definen la competencia de los agentes sociales que intervienen en la disputa por el poder.

Palabras clave: Bartolomé Mitre; Vicente Fidel López; Historiografía; Argentina; Siglo XIX.

1. Ubicación de la polémica y enfoque del análisis

En 1858, Bartolomé Mitre publica, en la *Galería de Celebridades Argentinas*, una primera versión de la biografía de Manuel Belgrano, que amplía, inmediatamente después, en la *Historia de Belgrano*, publicada en 1859 y que abarca hasta el año 1812. La tercera edición, cuyo título completo es *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, es de 1876-1877 y relata los acontecimientos hasta el Congreso de Tucumán en 1816. Con el mismo título, aparece la cuarta edición de la obra en 1887 e incluye episodios de la historia argentina hasta el año 1820.

En julio de 1881 se publica la *Historia de la Revolución Argentina desde sus precedentes coloniales hasta el derrocamiento de la tiranía en 1852. Introducción*, de Vicente Fidel López, obra que marca el comienzo de la polémica entre los dos autores y que dará lugar a múltiples publicaciones en los periódicos de la época¹ que se convertirán en tres

* Danuta Teresa Mozejko y Ricardo Lionel Costa son profesores e investigadores en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba, donde dictan las cátedras de Literatura Latinoamericana y Sociología respectivamente. Ambos dirigen el programa de investigación sobre "Discurso y sociedad", en cuyo marco han publicado El discurso como práctica y Lugares del decir, además de numerosos artículos en revistas argentinas y extranjeras.

¹ Al respecto, resulta útil el trabajo de Madero (2001).

textos extensos que constituyen el corpus sobre el que se apoya nuestro trabajo: *Comprobaciones históricas a propósito de la Historia de Belgrano*, *Nuevas comprobaciones históricas a propósito de Historia Argentina de Bartolomé Mitre*², y la *Refutación a las comprobaciones históricas sobre la Historia de Belgrano* de Vicente Fidel López³.

La pregunta central que nos planteamos y que constituirá el eje de nuestro análisis es la siguiente: ¿qué está en juego en la polémica de 1881-1882 entre Mitre y López? Los títulos de los trabajos que componen nuestro corpus y los temas sobre los cuales se discute remiten inmediatamente a la historia, a un “debate histórico” (Piccirilli 1972: 130), a un “choque de escuelas” historiográficas (Carbia 1939: 164). Ello haría pensar que se busca la verdad, la defensa generosa de la verdad, el amor a la patria, como lo dice Ricardo Rojas (1916) en la “Nota Preliminar” a *Comprobaciones Históricas* de Mitre.

Nuestra hipótesis, enunciada de manera secuencial como pasos de un razonamiento, es que en la polémica:

- Se lucha por el control de la verdad acerca de la historia que cada uno busca asegurarse, más que por la verdad.
- Para asegurarse el control de la verdad se recurre a una estrategia global consistente en la agresión –mediante descalificación del otro– administrada con razones.
- La lucha por el control de la verdad y la estrategia de agresión adoptada ponen de manifiesto que lo que está en juego en la polémica es, en definitiva, la lucha por el reconocimiento y prestigio de los oponentes dentro de la elite ilustrada de Buenos Aires y, por lo mismo, dentro de la clase dirigente de la que dicha elite forma parte.

Nuestro trabajo se centra en los dos primeros puntos; el tercero se desprende como consecuencia de ellos.

La propuesta de Fisher, Ury y Patton (1993) de un método de negociación basado en principios, plantea las diferencias sustanciales que se dan entre una negociación centrada en las personas y otra focalizada en el problema. La primera establece una relación en términos de gana/pierde, que son los más habituales tanto en los juegos como en las batallas, en los que lo central pasa a ser ganarle al otro, imponerse sobre el otro, porque es la manera de “defender, mantener, no perder la propia cara” en el sentido que le da Goffman de “valor social positivo que una persona reclama efectivamente para sí” (1970: 13). Lo que una de las partes gane será siempre a costa de lo que la otra pierda; y si lo que está en juego en la disputa es prestigio y buen nombre, éstos no se construyen sólo sobre la base de hechos y razones; se echa mano de diversos recursos, y el uso de la agresión personal es una de las manifestaciones más claras de una relación planteada en términos de ganar o perder. Podríamos decir que, así como para ganar en la guerra se usa la fuerza administrada por la estrategia, en la disputa, especialmente entre intelectuales, centrada en las personas, se recurre a la descalificación administrada con razones.

La negociación centrada en el problema modifica de manera sustancial el juego al plantearlo como beneficio que ambos participantes buscan obtener a través del aporte y

² Citaremos ambas obras según la edición que corresponde al tomo X de las *Obras completas* de Mitre, edición ordenada por el H. Congreso de la Nación Argentina en 1942 (*Cfr.* bibliografía).

³ La edición utilizada aquí es la de Ricardo Rojas en la Biblioteca Argentina.

construcción de alternativas superadoras (juego gana/gana).⁴ En un debate histórico, focalizar en el problema significaría centrarse en la búsqueda de la verdad⁵ acerca de los hechos, y en las maneras de asegurar el conocimiento de la verdad. El valor y prestigio de las personas ya no se construiría sobre las cenizas del enemigo, sino gracias a la capacidad de superar el problema, de producir verdad mediante la colaboración. Uno de los recursos discursivos que hace explícita la relación planteada en estos términos es el que consiste en que cada parte adopte la protección, y no la agresión, de la cara del otro.

En ambos enfoques se pone en juego el prestigio de los actores implicados; sólo que en el primero las estrategias tienden a asegurarlo mediante la superación del otro y el control unilateral de la verdad, y en el segundo, mostrando la capacidad de construir juntos.

La referencia a los aportes de Fisher y Ury no significa reducir una disputa histórica a una negociación. Con toda razón se podrá afirmar que la búsqueda de la verdad no es objeto de negociación. Lo que pretendemos, sin embargo, es poner de relieve que, tanto en una polémica como en una negociación, existe una diferencia entre los participantes, sea ésta de ideas, valores o intereses, y que la misma puede ser trabajada, si lo planteamos en términos dicotómicos que difícilmente se dan en forma pura en la realidad, poniendo el acento en lo que separa, en el problema, para superarlo, o en las personas para imponerse y ganar.

El análisis de los discursos permitirá, por una parte, identificar los acentos –en el problema o en las personas– y las estrategias empleadas al tomar posición sobre los dos ejes de la polémica “histórica” analizada: la verdad de los hechos y la manera de hacer historia; y por otra, apreciar cómo la estrategia de ganar descalificando e imponiéndose al otro funda la afirmación de que se busca el control de la verdad –y por su intermedio el prestigio– y no la verdad. La ubicación de la polémica de 1881 en la trayectoria de las relaciones entre López y Mitre, entendida como trayectoria de las relaciones entre posiciones, aportará una luz complementaria a la comprensión/explicación⁶ de la polémica y de los términos en que se plantea al mostrar el lugar desde donde los agentes producen sus discursos.⁷

2. Discursos y tomas de posición

2.1. Representaciones de la polémica

Las definiciones de “polémica” la relacionan con el ámbito de lo bélico⁸, a la vez que subrayan la importancia de las estrategias y competencias que se ponen en juego para

⁴ Este es el modo de relación que se ubicaría en lo que Habermas llama acción comunicativa: “Los actores buscan entenderse sobre una situación de acción para poder así coordinar de común acuerdo sus planes de acción y con ello sus acciones” (Habermas 1987: I, 124).

⁵ No pretendemos entrar en este momento en un debate epistemológico acerca del conocimiento de la verdad en historia.

⁶ La unión de estos dos términos implica una toma de posición epistemológica en la discusión que con claridad explicita Paul Ricoeur (1995) y (2000).

⁷ Sobre la manera en que trabajamos el concepto de lugar para construir los agentes sociales/autores ver Mozejko/Costa (2002: cap. 1).

⁸ La Real Academia Española, en su edición de 1970, definía el término como: “Arte que enseña los ardi-des con que se debe ofender y defender cualquier plaza. Puede ser ofensiva y defensiva. La ofensiva es

proteger el espacio propio y ganar el del adversario. Sin embargo, presentada como disputa verbal entre intelectuales, podría parecer que se orienta, en primera instancia, hacia una búsqueda desinteresada de la verdad.

El campo semántico de lo bélico, que incluye la referencia a los adversarios de los que uno gana y el otro pierde, se conserva en los textos de López y Mitre como metáfora del término real que alude, en este caso, a la controversia entre dos escritores. De este modo, se configuran dos roles en los que no resulta indiferente la condición activa o pasiva de los personajes: agresor y agredido, asociado, este último, con la figura de la víctima provocada por el otro y que, sin quererlo, se ve obligada a responder defendiendo su posición. Ambos agentes se ubican alternadamente en el mismo rol de agredidos, atribuyéndole al otro el ataque inicial y configurándolo como victimario opuesto a su víctima quien, por lo mismo, se posiciona en el lugar de la no responsabilidad. El sujeto que quiere, puede y actúa agrediendo aparece como el culpable –en consecuencia, merecedor de la sanción negativa por parte de los evaluadores asociados con los lectores–, mientras que el segundo, víctima, sólo responde a un deber hacer ineludible: es una cuestión de honor. La minimización de las razones del otro que fundarían su ataque agrega un elemento más: el agresor condena defectos menores, a la vez que desconoce los propios, de mucho mayor envergadura.⁹

Dentro de este mismo campo léxico, el que tiene la última palabra se convierte en el héroe que triunfa sobre su contrincante. Decir la última palabra equivale a imponerse sobre el otro que se ve privado de ella y da cuenta de su impotencia, del hecho de haber sido reducido a la inacción.

Ser sujeto activo en el final de la disputa se convierte en indicio de mayor poder que, en el caso específico que nos ocupa, se asocia con el saber más y mejor respecto de los temas abordados. El que comienza se convierte en culpable, el que tiene la última palabra es el vencedor, poseedor de la verdad, héroe sustentador de los valores en juego.

Tanto López como Mitre reclaman para sí el rol de víctima atacada por un lado y, por otro, el de denunciador de la última palabra. De allí la importancia acordada a las fechas en que comenzaron las disputas: para Mitre la *Historia de la Revolución Argentina...* marca el inicio de las agresiones; para López, es la carta sobre *Literatura Americana* que Mitre escribe en 1875 (casi seis años antes) al chileno Barros Arana, y que aparece publicada en *Revista Chilena* en febrero de 1876.

López, por su parte, apela también a la metáfora del ajedrez, juego asociado con lo bélico y cuyas características permiten focalizar en la derrota del rey del otro bando (“jaquemate”, López 1921: I, 192 y 209) –figuración del poder del adversario vencido por la imposición del poder del yo– como consecuencia de un juego estratégico en el que interviene el saber hacer de los participantes. Tanto en su acepción asociada con lo bélico, como en el juego, en la polémica se acentúa el enfoque gana/pierde y se ponen en

la que enseña a abrir trincheras, disponer baterías, dirigir minas y todo lo demás que conduce al sitio de una plaza. La defensiva es el arte con que los sitiados deben defenderse a sí y a la plaza [...] 3. Controversia por escrito sobre materias teológicas, políticas, literarias o cualesquiera otras” (1970: 1043). La edición electrónica del diccionario simplifica la explicación del término: polémico, ca. [...] 1. adj. Perteneciente o relativo a la polémica. 2. adj. Dicho de alguien o de algo, que provoca polémicas [...]. 3. f. Arte que enseña los ardidés con que se debe ofender y defender cualquier plaza [...].

⁹ Mitre hablará de “defectos microscópicos” (1942a: 94, 14 y 278) y López de detalles que Mitre objeta en su obra (1921: I, 113 y ss.) opuestos a graves errores en los textos de Mitre.

cuestión las respectivas capacidades de los adversarios y su capacidad de realizar opciones eficaces para superar la competencia del oponente. El saber y saber-hacer se convierten en recursos empleados a los efectos de imponerse; sólo que en el campo del conocimiento, como el histórico en este caso, imponerse al otro en cuanto al saber, no significa que se logre la verdad sino más bien que uno de los adversarios se apodera del control de la definición de la verdad, del saber legítimo.

La autoconstrucción del yo que realiza cada uno de los contrincantes en calidad de víctima inocente que no tiene más opciones que reaccionar ante la agresión del otro, conlleva una dimensión pasional de la polémica. Si bien la respuesta se pretende desapasionada y se apuntala la defensa de la competencia mediante argumentos racionales y comprobaciones objetivas, la agresión es presentada, sobre todo por López, como herida al amor propio y al honor. Mientras el amor propio corresponde a la exagerada valoración de la propia competencia, el honor alude al prestigio que deriva del reconocimiento social de esa competencia. Afectar el amor propio y el honor implica generar en el otro un estado de tensión entre la fe exagerada¹⁰ en las cualidades del yo y su negación por parte del adversario, quien, a la vez, pone obstáculo al reconocimiento colectivo de esas mismas cualidades. La agresión mina la creencia en las propias capacidades tanto por parte del yo —que puede verse como egoísta y exagerado— como de la sociedad, actor colectivo que la confirma; esto genera una necesidad de reacción en defensa de la propia competencia. Este hacer segundo, provocado, terminaría en la distensión que implica recuperar la propia honra y la destrucción —muerte, jaque mate— del otro. La polémica verbal se ubica en el espacio de tensiones entre ambos estados y apunta a la restitución de la herida en el amor propio y el honor de quien triunfa, y a la muestra de la imposibilidad de todo reconocimiento de la competencia del derrotado.¹¹

Estos modos de representación de la polémica, tanto en su acepción bélica como lúdica y en su dimensión pasional, nos permite afirmar que la disputa no se plantea en términos de verdad vs. falsedad como valores, sino que se juega en las oposiciones entre las competencias de ambos sujetos, de tal modo que la ostentación de un saber mayor o mejor permite mostrar quién es el único dueño de la verdad, ejercer el poder sobre el adversario y derrotarlo.

2.2. *Temas y eje de la disputa*

Si bien es la *Historia de Belgrano* de Mitre la obra cuestionada en la polémica, no es éste su personaje central. Los temas principales de la discusión son las actuaciones de

¹⁰ Las pasiones conllevan un sema de cantidad —un exceso vs. la moderación— que las definiciones de diccionario conservan y que, a la vez, implican una valoración de los estados pasionales como positivos o negativos. El amor propio, en la medida en que es exagerado, implica una marca disfórica; en cambio el honor, en la medida en que involucra el reconocimiento social de las cualidades del yo, aparece como un valor.

¹¹ La derrota del otro que se busca apunta a dejarlo con el amor propio tan herido y el honor tan afectado que ni siquiera le quede la capacidad de acción verbal tendiente a su defensa; dejar mudo al contrincante es privarlo de toda posibilidad de afirmación de la competencia ante sí mismo y ante la sociedad, mientras sólo queda la ostentación de la competencia restituida en el yo, quien, a la vez, hace ostentación de la inexistencia de la competencia del otro.

Álzaga, Liniers y Elío durante las invasiones inglesas, tema que Mitre modifica en las diferentes versiones de su obra; las relaciones de Argentina con Brasil y los países europeos; los vínculos entre Pueyrredón y San Martín en lo que se define como la “desobediencia” del primero cuando decide no participar en las luchas internas y cruzar los Andes para actuar en Chile y Perú; las figuras de Güemes y los episodios del año 20 que también son señalados como puntos conflictivos, pero ninguno de ellos se relaciona directamente con la figura de Belgrano. Ambos autores dedican algunas páginas a la incapacidad del adversario para retratarlo, pero no se cuestionan episodios fundamentales de su trayectoria.

La discusión gira alrededor de la competencia diferenciada de los polemistas, competencia en cuya construcción sí importa ser el primero y más antiguo: López ha comenzado a publicar colecciones de documentos en 1851¹², según sus propias afirmaciones y ha seguido dando a conocer documentos sobre la Revolución en la *Revista del Río de la Plata* desde 1872 (Carbia 1939: 145); desde esta perspectiva, muchas de las diferencias entre la segunda y la tercera versión de la *Historia de Belgrano* serían deudoras de la información proporcionada por López, casi un plagio del que Mitre se defiende en múltiples oportunidades, entre otras, cuando afirma que ya en 1864 había enunciado su método para hacer la historia de la Revolución y que las coincidencias en el reconocimiento de los hechos dependen de la posesión de una única verdad por parte de ambos autores. Los dos historiadores pretenden haber sido “los primeros”, aunque las consecuencias que derivan de la prioridad tengan matices diferentes: mientras López acusará de copia a Mitre, éste se erigirá en el iniciador de la historia nacional, con una dimensión épica asociable a la de las figuras que construye.

Lo principal, en ambos textos, es la defensa de la competencia en el modo de acceso y, como corolario, en la posesión del saber referido a los hechos que se relatan; competencia que, en el caso de López, incluye también la capacidad de escribir adecuadamente lo que se conoce. Hay fragmentos de presentación explícita de los métodos más adecuados y eficaces de acceso a la verdad, vinculados con el hacer de cada uno de los autores.¹³

2.3. Estrategias para construir el poder de imponerse

Los modos de designación del propio discurso por parte de cada uno de los polemistas resultan significativos. Mitre propone *Comprobaciones*, como manera de subrayar la

¹² López se refiere a la *Colección de documentos sobre las invasiones inglesas*, por V. Alsina y V. F. López (1851) (López 1921: I, 254).

¹³ Llama la atención que, en los dos autores, la polémica sea presentada de manera dominante como polémica “literaria”. Independientemente del hecho de que, para la época en Argentina, difícilmente podríamos hablar de disciplinas claramente diferenciadas y, menos aún, de campos específicos constituidos en el sentido de P. Bourdieu (1990), es como si Mitre y López entendieran que hay un hacer previo, de búsqueda de información, que corresponde a la tarea del historiador, y un hacer posterior, el decir literario. De allí que la novela histórica también sirva de prueba según López, e incluso lo sea la poesía. Por otra parte, López agrega una dimensión ética que él denomina de “urbanidad literaria” (1921: I, 17) y “eti-queta” (1921: I, 27), que regiría más bien las relaciones personales entre ambos competidores y que parecería estar vinculada con el aprovechamiento de la información brindada por el oponente.

verdad de lo afirmado apoyándose en los documentos convertidos en pruebas en el marco de una disciplina científica. López opta por *Refutación*¹⁴ a las comprobaciones... que alude de manera explícita al discurso del oponente, cuya validez niega. El primer sustantivo elude el efecto pasional a la vez que busca fundar la propia competencia; “refutación” apunta más a negar la validez de los argumentos esgrimidos por el otro y a auto-positionarse como segundo en el orden de la disputa.

Los recursos empleados en la polémica tendientes a hacer prevalecer la propia versión de la historia y, por lo mismo, a constituirse en el único poseedor de la verdad, se concentran en la negación de la competencia del adversario y la concomitante afirmación de la del yo.

2.3.1. Negación de la competencia del adversario

Una de las estrategias consiste en desautorizar al oponente ignorando, salvo excepciones que comentaremos más abajo, los títulos profesionales por medio de los cuales se lo identifica y se lo reconoce socialmente en diversas dimensiones como las de escritor, legislador, etc. Ambos se refieren al otro como “Señor López” o “Señor Mitre”. Este recurso es especialmente evidente en la medida en que se repite en los títulos mismos de los capítulos.

Otras estrategias apuntan a la desautorización del adversario en aspectos centrales constitutivos del oficio del historiador, señalándolo como desprovisto de fuentes, incompetente y falto de objetividad en el trabajo sobre ellas, carente de conocimientos y habilidad al escribir.

Mitre, que dedica un espacio menor a los ataques personales, aunque no por ello menos descalificantes, tilda a López de poseedor de un “bagaje liviano” ya en la carta a Barros Arana, y reitera la descalificación en las *Comprobaciones*. La incompetencia del adversario aparece mencionada con particular ironía cuando lo acusa de daltonismo, asociable con la incapacidad de leer e interpretar correctamente tanto los documentos como la información brindada por su padre, don Vicente López y Planes. La “supina ignorancia” (Mitre 1942a: 221) se acentúa en la medida en que las verdades sostenidas por Mitre se enseñan incluso en las escuelas y todos saben lo que López desconoce. Mal informado, lector incompetente de los documentos que él mismo difunde, López llega a ser acusado de falta de equilibrio en sus facultades y de pereza en el trabajo de investigación histórica.

Por oposición a la competencia específica y valorada del yo, en la obra de Mitre, López aparece como sujeto intuitivo que apela a la fantasía y a la adivinación, recurre a tradiciones familiares no comprobadas y a versiones periodísticas que carecen del valor documental que Mitre exige. Ante la objetividad que el autor de las *Comprobaciones* instala entre los hechos y el discurso de la historia por la mediación de los documentos, López aparece como “copista superficial” (Mitre 1942a: 280), cuyo relato se funda en hipótesis generadas en el ámbito familiar, intrascendentes y estériles (Mitre 1942a: 320 y

¹⁴ El *Diccionario* de la Real Academia propone, entre sus definiciones: “Argumento o prueba cuyo objeto es destruir las razones del contrario” (1970: 1121).

ss.). En el marco de la propuesta mitrista, acusar a López de no ser capaz de “ver” a la vez que de hacer una historia filosófica (Mitre 1942a: 335) o incluso “pseudofilosófica” (Mitre 1942a: 551), implica descalificarlo ante un historiador que, ajustado al modelo positivista, ve y hace historia “real” sobre la base de la comprobación de los hechos a través de los documentos; López respondería a un tipo de historiador del pasado, superado por los científicos del presente.

En la *Refutación*, López aplica a Mitre descalificaciones similares: mal lector de sus propios documentos (López 1921: I, 146 y 175; II, 33 y 248; 1916: III, 30, entre otros), es apresurado e impaciente. Su defecto principal es la soberbia, ejercida como magisterio sobre sus pares y en relación a la cual López no ahorra ironía:

He aquí al señor Mitre en toda su pindárica majestad, fuerte como Jove, con el haz de rayos fulminantes en la diestra. Pues se los vamos a apagar (1921: II, 42).

[...] nosotros no teníamos el derecho de asegurarlo sin el documento del señor Mitre, o sin el cúpulase pontifical del santuario (1916: III, 119).¹⁵

Cuando López señala roles desempeñados por Mitre y por los cuales es socialmente reconocido, lo hace para destacar su incompetencia. Entre los más importantes señalamos los siguientes:

a) La amplia y reconocida trayectoria militar de Mitre (Cepeda, Pavón, la guerra del Paraguay) es sistemáticamente elidida por López, y cuando aparece citada es sólo para descalificarlo:

[...] el señor general, cuya lucida carrera militar y talentos estratégicos nadie disputa, parece no haber tenido presente las reglas fundamentales de la estrategia y de la táctica y no haber comprendido los diversos movimientos de ese ataque, así como no ha tenido presente ni tocado en su archivo los partes originales, cuyo texto le habría mostrado que nosotros hemos dado una noticia exacta y verídica de ese suceso; noticia que él contradice contra todos los documentos y contra todos los datos que contiene nuestra historia (1921: I, 29).

b) La función de Mitre como político aparece reconocida excepcionalmente, hacia el final de la disputa, y es mencionada como competencia que no debe usar para poner en circulación definiciones equivocadas de un término clave como es el de “Democracia”:

El señor Mitre está en el deber de ser más técnico y más serio: porque no debe autorizar con su palabra y con su autoridad política los rasgos funestos que todo eso tiene todavía en nuestro país (1916: III, 116).

c) Como literato, en la versión de López, Mitre desconoce las reglas del género histórico, es confuso, se contradice, utiliza metáforas inapropiadas. Además, apela a un esti-

¹⁵ Textos como el presente muestran hasta qué punto, en la discusión sobre hechos y modos de hacer historia, lo que está en juego es el control de la definición de la verdad. A ello apuntan también las diversas estrategias empleadas para negar la competencia del otro y afirmar la propia.

lo inadecuado, en la medida en que el exceso de citas fatiga al lector. López defiende un modo ameno, correcto, claro y pintoresco de presentar los hechos.

d) El papel más importante puesto en juego en la polémica, es el de historiador. López ironiza convirtiendo este rol en el de “archivista”, “arqueólogo”, “anticuario”, con lo cual la tarea de Mitre se asocia a la de los “compiladores pacientes e incoloros de la cronología” (1921: I, 84) y a la posesión de un archivo que estaba “mudo y yerto como una momia en sus armarios” (1921: I, 112) hasta que la intervención de López le permite apenas “galvanizar los esqueletos de la necrópolis de su archivo” (1921: I, 112). Se le reconoce a Mitre la posesión de un archivo notable, pero se le niega la competencia para discernir respecto de su validez y del hecho de que los documentos, sobre todo los oficiales sobre los que basa su versión de la historia, han sido escritos desde posiciones partidarias específicas. Esta falta de criterio de Mitre le impide distinguir las trivialidades de los acontecimientos históricos fundamentales, con lo cual se invalida lo más específico de su quehacer como es la definición misma del acontecimiento histórico en tanto objeto de estudio.

e) El rol de historiador se complementa con el de “filósofo de la historia”, vinculado con la capacidad de explicitar las normas que rigen su quehacer. En el caso de Mitre, este aspecto se refiere a la competencia para analizar los hechos en sus relaciones, de establecer antecedentes y consecuencias que configuran un sistema que autoriza el enunciado de leyes generales de la historia. Ante esto, López señala contradicciones, generalizaciones incongruentes (1916: III, 143 y 146) que sintetiza en el peyorativo “filosofismo mal estudiado y arbitrario” (1916: III, 166), con lo cual descalifica al opositor.

Independientemente de los roles desempeñados en el pasado, y varios de ellos incluso en el presente, que constituyen en buena medida la base del capital de reconocimiento del que goza, Mitre pone en juego, al escribir, competencias que López se encarga de destacar para descalificar. Así:

a) Según López, Mitre es un ignorante en materia jurídica, sobre todo en lo que compete al derecho internacional.

b) Relacionado con lo anterior, aparece también el filólogo: Mitre conoce poco de latín, se equivoca en las traducciones del inglés que López cita profusamente y yerra en la etimología y el sentido de las palabras. Esto lo lleva a cometer errores de interpretación de los textos y, por lo mismo, a una reconstrucción falsa de los hechos.

La negación de la competencia del adversario encuentra en López un argumento que sorprende al lector contemporáneo en cuanto podría ser leído como una anticipación, en el siglo XIX, de una disputa epistemológica actual.¹⁶ Así, en determinado momento, López afirma el carácter relativo del discurso histórico en cuanto escrito desde posiciones específicas que hacen que cada agente sea dueño de una verdad que depende del punto de vista, de su intención e interés. Además, se inscribe en una línea que rompe con la concepción de la historia como origen y/o como teleología:

¹⁶ Disputa actual, incluso, respecto al modo de entender la historia que ponen de manifiesto textos como el de Foucault (1992) sobre “Nietzsche, la Genealogía, la Historia”.

[...] la historia es lucha, o seno insondable de pasiones y de intereses, movimiento incesante y siempre problemático, constituye un orden de cosas propio, que es totalmente ajeno al carácter y a los procederes de una ecuación matemática, y en el que los actores mismos obran impulsados por principios de convención, de debate, de interés, sin poder resolver ni definir el problema final, como se resuelven todos los problemas de la geometría y de la aritmética (López 1916: III, 69).

La historia es siempre obra de partido, porque el que la escribe es siempre un hombre que tiene una intención y un interés (López 1916: III, 70).

En los hechos de la historia hay dos verdades que el señor Mitre no ha analizado: la una es la del personaje, y la otra la del acto; ni el *personaje* ni el *acto* son números: son, por el contrario, intereses, pasiones y móviles que no se pueden restar, sumar, ni partir, porque son como el prisma de cristal que refleja la luz descomponiéndola según el lado o la faz en que se tome (López 1916: III, 70).

La verdad de la historia no tienen ningún punto de relación con los números o con las líneas, sino que consiste, como la de todos los actos morales, en la sanción que les da el derecho y la justicia. Por el lado de los hechos, la *Historia de la Revolución francesa* de Taine es tan verdadera como la de Luis Blanc; la *Historia del Consulado y del Imperio* de Thiers es tan verdadera como la *Historia de Napoleón* de Lanfrey, y lo único que consagra el valor relativo de cada una de ellas es el veredicto con que la opinión del mundo civilizado aprecia su paralelismo respectivo con el progreso de la moralidad, de la justicia y de las libertades políticas que constituyen la razón de las naciones modernas (López 1916: III, 71).

El texto puede ser leído, desde el presente, como una relativización del conocimiento construido por el modelo positivista en tanto observación pretendidamente objetiva de hechos que “estarían ahí” y los documentos permitirían rescatar en su verdad; pero en el caso de López se inscribe más bien en la oposición vida vs. muerte, en que el primer término corresponde a los movimientos, tendencias, disputas y pasiones que el discurso de la aritmética y de la geometría, asociadas al segundo término y propias de Mitre, no está en condiciones de abarcar; por ello, y siempre desde la perspectiva de López, la historia de Mitre brinda, a pesar de su aparente rigor, una versión no sólo parcial y deformada de la realidad, sino, además, poco apta para captar la atención del lector, neutralizando, por lo mismo, la posibilidad de que la historia cumpla con una de sus funciones claves consistente en iluminar y animar la construcción del futuro.

2.3.2. Construcción de la competencia del yo

De manera concomitante a la negación de la capacidad del adversario, aparecen afirmadas, explícita o implícitamente, la propia competencia y las reglas que rigen el hacer de cada uno de los autores. El método valorado para hacer historia se asocia con las capacidades del yo y se construye de manera antitética en relación a la metodología y competencia del adversario.

Para Mitre, el modo correcto de hacer historia pasa por la compulsión de los documentos; éstos son objeto de observación por parte de un sujeto desapasionado, capaz de establecer relaciones entre ellos, reconstruir las series que forman un sistema y, por lo tanto,

permiten el enunciado de leyes que rigen la historia. Tales leyes vinculan esta actividad con la aritmética y la geometría por un lado, y con las ciencias naturales por otro. Ambas relaciones son reconocidas tanto por Mitre como por López, pero mientras para el primero son las normas que rigen un deber hacer, para el segundo son argumentos que usa para descalificar al oponente.

La relación entre el discurso histórico y el de las ciencias de la naturaleza es creciente en la obra de Mitre: aparece en la tercera edición de la *Historia de Belgrano* y adquiere notable claridad en la *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*. Esta vinculación permite asociar el discurso histórico de Mitre con el pensamiento positivista, las ciencias experimentales y la teoría darwiniana, entre otros.¹⁷ La observación del objeto, implícita en el frecuente uso del verbo “ver”, el establecimiento de relaciones y el enunciado de leyes comprobables, se realiza mediante el trabajo sobre los documentos, base material del quehacer histórico según Mitre. Esta metodología convierte el documento en prueba del hecho, analizable desde la posición de un sujeto que se esmera en dar cuenta de su impasibilidad.¹⁸ La historia se relaciona con otras disciplinas, tales como la topografía, que permite establecer relaciones entre el medio y el hombre, a la vez que autoriza la referencia a dos “razas”, la criolla y la española, como resultado de procesos de adaptación al medio que, con el tiempo, explican la revolución. López alude a las relaciones entre la obra de Mitre y los postulados de Taine.

Esta autoconfiguración del yo como científico se asocia con la del héroe épico tradicional, de tal modo que el enunciador aparece, en las obras de Mitre, construido de manera semejante a la de los héroes del enunciado, Belgrano y San Martín (Costa/Mozejko 2001). En efecto, los pueblos necesitan de hombres superiores que confieran un sentido nuevo a los acontecimientos (Mitre 1942a: 270), y Mitre se presenta como el primer historiador que descubre la verdad sobre la historia de la revolución y, como los héroes épicos, la entrega en beneficio de un destinatario colectivo. De allí que su trabajo se desarrolle por el bien común (Mitre 1942a: 317, 320 ss.) y sirva para construir el “monumento de la historia nacional” (Mitre 1942a: 327) según un “método experimental de observación” (Mitre 1942a: 360). Mitre es quien devela el origen de la raza, descubre su identidad, a la vez que se presenta a sí mismo como el destinador de valores máximos. Así lo interpreta Sarmiento, cuando en el “Corolario” a la segunda edición de la *Historia de Belgrano*, reconoce la equivalencia entre Mitre y el personaje de su texto.¹⁹

¹⁷ “Hoy la filosofía de la historia no es un discurso dogmático como el de Bossuet, ni un sueño espiritualista como el de Herder. Es una ciencia positiva, a que concurren todas las ciencias, que explica en el orden natural de sus causas las evoluciones sucesivas en la coordinación lógica de los hechos, aun de aquellos que antes se consideraban fortuitos, y que deduce por la observación y la comparación las leyes regulares que presiden al crecimiento y la decadencia de las naciones [...] como las acciones humanas no son fórmulas abstractas, sino fuerzas vivas incorporadas a las cosas, esas fuerzas circulan en ellas y las hacen palpar, y la molécula organizada se desarrolla bajo la influencia de su medio” (Mitre 1942a: 329).

¹⁸ Esta impasibilidad, propia de un observador objetivo del objeto de conocimiento, se asocia con el carácter desapasionado de la reacción ante el adversario en la polémica y constituye una notable estrategia de legitimación.

¹⁹ “Dos palabras bastarán para mostrar esta hilación de los hechos, y el vínculo que liga al héroe y al autor del drama, al general Belgrano y al general Mitre” (Domingo Faustino Sarmiento: “Corolario”, en Mitre 1859: 519-520).

El recurso a los documentos como objeto material de observación, y la construcción de la historia como epopeya, produce efectos de sentido particulares, sobre todo en la medida en que establece una distancia entre los hechos y el autor de los discursos sobre los hechos. Se elide la referencia a los testigos que aparecen esporádicamente en la obra de Mitre; se convierte a los documentos en prueba de lo sucedido y se ubica el origen de la historia nacional en un pasado lejano que hay que reconstruir como se reconstruyen las historias de Grecia y Roma. Mitre se posiciona como historiador científico al servicio de la nación, con un fuerte impacto en el futuro:

[...] nos hemos ocupado de variadas cuestiones que abren nuevos caminos a la historia y a los historiadores, ensanchando los horizontes o cambiando los puntos de vista [...] (Mitre 1942a: 646).

Para López, esa distancia con respecto al pasado es un absurdo, ya que “somos inmigrantes de ayer” (López 1921: II, 256) y siguen vivos los testigos de los acontecimientos. Los documentos ocultan los hechos, sobre todo si son leídos sin el criterio de quienes, por conocer a los protagonistas, pueden reconocer pasiones partidarias presentes en su redacción y, por lo tanto, relativizar su validez. Si Mitre confunde los papeles –tanto más valiosos para él cuanto más viejo, amarillo y arrugado el papel y más borrada su letra (López 1921: I, 211)– con la realidad de los hechos, se convierte en archivista, arqueólogo, anticuario y buscador en archivo muerto, mientras que López escribe la historia viva, fundada en testimonios propios o de parientes y amigos cercanos que participaron directamente en los acontecimientos.

Ninguno de los dos autores renuncia a los testigos ni a los documentos, pero cada uno pone especial énfasis en uno de los dos: Mitre transcribe documentos, López remite a testimonios escuchados personalmente.

López subraya el modo como ha de escribirse la historia, según una competencia literaria específica. Ante todo, son frecuentes las referencias a los lectores, destinatarios y jueces: no corresponde fatigarlos con excesivas transcripciones de documentos; el modelo de escritura de la historia que López privilegia es el que respeta las características de la época y sabe “pintar” (López 1921: III, 254) su “color”. Alude en varias oportunidades a Walter Scott, con lo cual aparece el historicismo y el pintoresquismo más propio de la ficción literaria del período romántico que de las tendencias positivistas y científicas que caracterizan la obra de Mitre. López exige del escritor competencia estética, manejo de las reglas de las Bellas Artes, perfección en el estilo y en el modo de componer la obra; más que la erudición (López 1916 II, 228 y 252) ostentada en las citas, son el saber y la imaginación las que conforman la competencia básica del autor de discursos históricos. No existe en el país un pasado lejano que rescatar mediante la historia erudita y arqueológica; hay tradición viva que conservar. López condena tanto las metáforas biológicas de Mitre como su filosofía de la historia.

López se presenta a sí mismo como “doctor”, “jurista”, a la vez que como literato y filólogo. Además, funda su competencia histórica en el parentesco con testigos directos de los acontecimientos y en la participación en los hechos vinculados con la independencia, capital simbólico que le permite discernir sobre la objetividad de los documentos y la jerarquía de lo que ha de considerarse como objeto de la historia.

Acusado por López de soberbio, Mitre ostenta una dimensión pública de su hacer –es el héroe fundador de la historia verdadera de la nación– que se opone a la escala individual de la obra de López, estéril y sin consecuencias para el bien común.²⁰

Las críticas de López a Mitre apuntan también a la esfera de la adhesión pasional a la nación. Esto aparece en la reacción primera de López ante el artículo de Mitre que lo desacredita frente a los chilenos como una falta de solidaridad con el compatriota; en el tratamiento de la decisión de San Martín de cruzar los Andes en lugar de intervenir en la resolución del caos interno; en la defensa que hace Mitre de Álzaga, considerado representante de la aristocracia defensora del absolutismo monárquico en la Colonia. La acusación de falta de patriotismo resulta también implícita en la objetividad y distancia con que se relatan los acontecimientos vinculados con la Revolución mientras López y su familia aparecen siempre asociados a los grupos liberales, partidarios de la independencia, comprometidos en la acción directa. Mitre, por su parte, construye su imagen como hombre público, autor de la epopeya nacional, “patriota ilustrado” opuesto al “patriotismo vulgar” de López, apasionado, más propio de las masas ignorantes que necesitan del liderazgo de los hombres superiores.

3. La disputa en su trayectoria

El análisis del corpus muestra la consistencia de la lectura de la disputa que proponíamos al inicio ante la pregunta formulada: ¿qué está en juego en la polémica entre López y Mitre? Ahora podemos afirmarlo más claramente con el respaldo del análisis realizado: lo que está en juego es la posición social relativa, el reconocimiento, el prestigio de cada uno de los participantes, que se busca construir sobre la base de la imposición sobre el otro y que, en este caso se lograría mediante el éxito en apoderarse del control de la definición de la verdad acerca de la historia. El análisis provee de suficientes elementos como para decir que la estrategia global adoptada para presentarse como dueño de la verdad es la que corresponde a un juego en términos de gana/pierde (ganar contra el otro), y que se desarrolla sobre una base de agresión/defensa –centrada en la negación de la competencia del otro– administrada, como corresponde a una disputa de miembros de la elite letrada, con razones–. Alguien podría afirmar que cabe más bien la inversa: para apoderarse del control de la definición de la verdad la estrategia es la de la razón administrada con agresiones.

Aun si adoptáramos este cambio acentuando las razones más que la agresión, no se vería modificada la estrategia global planteada en términos de gana/pierde ya que, por vía de las razones o de la descalificación como eje, se trata de todas maneras de imponerse sobre el otro.

El peso, en la estructura misma de los discursos, tal como lo mostró el análisis de los textos, de la toma de posición como defensa ante un ataque, y del uso explícito de la descalificación del oponente en la negación de su competencia y en la construcción de la propia, nos lleva a adoptar la primera formulación. Por otra parte, el seguimiento de la

²⁰ López, según Mitre, propone explicaciones de carácter familiar de los secretos de Estado (Mitre 1942a: 499).

trayectoria de las relaciones entre los oponentes que nos proponemos realizar a continuación y que permitirá ver el lugar desde donde hablan, reafirma el mismo criterio.

La trayectoria de las relaciones entre los polemistas se ubica fundamentalmente dentro del campo político, es decir, de la participación, y siempre en bandos opuestos, en la lucha por el poder donde se trata de imponerse sobre el otro; el juego que se plantea entre las partes es el de gana/pierde. En la confrontación política –previa en casi tres décadas a la disputa sobre la historia– como en la histórica, se manejan ideas, hechos y argumentos, dando lugar a pensar que es una lucha por el bien común, por la verdad; en definitiva, de un cruce desinteresado de ideas y convicciones. Sin embargo, en ambos casos se trata de hacer prevalecer una posición sobre otra, ya se trate de la aprobación del Tratado de San Nicolás en 1852 o de la manera de hacer historia en 1881.

La discusión en la Legislatura de Buenos Aires en junio de 1852 acerca de la aprobación o no del Acuerdo firmado por los gobernadores en San Nicolás encuentra a López y Mitre ubicados, como lo hemos mostrado en otro trabajo (Costa/Mozejko 2005), en dos posiciones claramente diferentes en relación a quien concentra el poder en esos momentos luego de la victoria sobre Rosas en Caseros: el general Urquiza. El primero forma parte de los elegidos por el general, de los que “hablaban diariamente con él”, como afirma López, de los que están cerca. Mitre, por el contrario, no es tenido en cuenta por Urquiza ni siquiera al nivel de Alsina o Vélez Sársfield, a quienes convoca en alguna oportunidad antes del encuentro en San Nicolás. Como mostrábamos en el trabajo citado, la posición de proximidad/distancia respecto al general es la que explica, más que las ideas, principios y convicciones invocados, las tomas de posición a favor o en contra del Acuerdo. Pero, las intervenciones en la Legislatura de Buenos Aires, que tuvieron a López y Mitre como cabezas respectivamente de las dos posiciones enfrentadas, no fueron sólo opuestas, sino que, además, se dieron en un marco de agresión –incluso física– y violencia, generado por el tono de las intervenciones y por la presencia del “pueblo” de Buenos Aires que había sido convocado por Mitre y Vélez Sársfield en los artículos que habían publicado previamente en los periódicos que cada uno de ellos dirigía en esos momentos: *Los Debates* y *El Nacional*.²¹

Las decisiones a favor o en contra de que se otorgaran a Urquiza facultades especiales que permitieran asegurar el tránsito ordenado a la organización nacional postulada por todos como objetivo, marcaron el inicio de las tomas de posición de López a favor de Urquiza²² y el Partido Federal por una parte, y de Mitre por la oposición a Urquiza y al Partido Federal por otra, encabezando siempre tal oposición tanto a nivel militar (Cepepa en 1859 y Pavón en 1861) como político (Partido Liberal, luego Nacional). Las posiciones opuestas adoptadas, con la fuerte presencia de las pasiones que marcaron la lucha política del período²³, incluyendo intentos de golpe militar encabezados, como el de

²¹ Sabemos que las sesiones de la Legislatura dieron lugar a las renunciaciones de Vicente López y Planes (gobernador), de su hijo Vicente Fidel López (ministro de Instrucción Pública), y a la intervención armada de Urquiza, quien, entre otras cosas, expulsó a Mitre del país.

²² A pesar de algunos altibajos en López durante 1852 de los que da cuenta Piccirilli (1972).

²³ Diversos autores se refieren a las dificultades de los federales porteños luego del movimiento del 11 de noviembre de 1852 y durante la presidencia de Mitre para organizarse y participar en la vida política de Buenos Aires debido a la actitud hostil de la que habrían sido objeto. Ver al respecto Bosch (2000), Ruiz Moreno (2000) y Pérez Guilhou (2000).

1874, por Mitre, y con la especificidad de cada momento, se fueron manteniendo y reproduciendo en el tiempo, aún cuando luego, en 1881, pasara a ocupar la escena la disputa histórica. De hecho, la primera crítica de Mitre a la manera de López de hacer historia que se hace pública, contenida en la carta de aquél a Barros Arana, y que López invoca para fundar su condición de “agredido”, es formulada en 1875, pocos meses después de haber salido de la cárcel en la que estuvo luego de encabezar el frustrado golpe de fines de 1874.²⁴

Un aspecto importante a tener en cuenta al analizar la trayectoria de las relaciones entre López y Mitre es que el segundo, tanto al estar ubicado entre quienes gobiernan como entre los opositores, siempre ocupó, dentro de su fracción, un lugar de primer nivel como conductor y referente.²⁵

López, en cambio, desde 1852 hasta 1871 estuvo casi ausente de la vida pública, vivió en Montevideo y tuvo pocas apariciones. Cháneton habla de una “actuación intermitente al lado de Urquiza en este período (1938: I, 342)²⁶. Luego del regreso su participación política fue mayor (senador nacional por la Provincia de Buenos Aires desde 1872), y siempre en la línea federal, también cuando, después de la reconciliación de Sarmiento con Urquiza en febrero de 1870, comienza a unirse, en oposición al partido encabezado por Mitre, el Partido Federal con el autonomismo porteño de Alsina, surgido

²⁴ Mientras estaba en la cárcel en Luján, Mitre escribió la “Introducción” a su *Historia de San Martín* (De Marco 1998: 419).

²⁵ Desde el regreso a Buenos Aires del destierro en el marco del movimiento del 11 de septiembre de 1852, ocupó posiciones de importancia. Así: ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores, jefe de la Guardia Nacional, diputado, ministro de Guerra y Marina. En 1860 fue designado gobernador de Buenos Aires. En 1862, algunos meses después de Pavón, fue elegido presidente de la Nación. Desde 1868 Mitre encabezó, con el Partido Nacionalista surgido en 1862 de la división del Partido Liberal en Buenos Aires, la oposición al gobierno de Sarmiento. En 1874 comandó el golpe militar que se realizó invocando fraude en las elecciones presidenciales que dieron como ganador a Avellaneda contra Mitre. Avellaneda asumió con una presencia importante de federales, que lo apoyaron en las elecciones, en su gobierno. Mitre fue encarcelado y desterrado, pero indultado por Avellaneda. En 1879, durante la campaña electoral para la presidencia, Mitre y su diario *La Nación* tomaron posición por Tejedor (gobernador de Buenos Aires) contra Roca (ministro de Guerra de Avellaneda), “provinciano de tradición federal” (De Marco 1998: 440), e incluso, a pedido de Tejedor, Mitre asumió por unos días el comando de las fuerzas de Buenos Aires contra el Gobierno nacional. Roca venció apoyado por el autonomismo y los federales, que constituirían el 29 de julio de 1880 el Partido Autonomista Nacional. Ver Campobassi (1980) y De Marco (1998).

²⁶ Podemos mencionar especialmente las siguientes: a) Su participación en la polémica de 1858 llevada a cabo mediante cartas al diario *El Orden* entre López y Pico por una parte (ambos muy ligados a Urquiza) y Alsina y Vélez por otra (ambos dejados de lado por Urquiza y sus allegados) acerca de la que habría sido la opinión de cada uno de ellos en la reunión del 5 de mayo de 1852, en Palermo, convocada por Urquiza para discutir un borrador del futuro Acuerdo de San Nicolás; b) En 1860, luego de la victoria de Urquiza sobre Mitre en Cepeda, miembro, al igual que Mitre, de la Convención Constituyente que, conforme al convenio firmado con el vencedor, propondría modificaciones a la Constitución de 1853. Según Cháneton (1938: I, 342), volvieron a la Convención algunos hombres que habían estado con Urquiza y que pretendían incluso lo que éste nunca había querido exigir: “La sumisión previa de Buenos Aires”. López “no había olvidado nada; no había perdonado nada. Volvía con los mismos agravios, con la misma intransigente petulancia con que se alejara en 1852”. De hecho, se retiró de la Convención. c) En 1870, en el marco de la unión entre federales y autonomistas contra el nacionalismo mitrista favorecida por la reconciliación de Sarmiento y Urquiza, López accede a la Convención Reformadora de la Constitución de la Provincia de Buenos Aires de 1854 (Ruiz Moreno 2000: 474).

de la separación del Partido Liberal en 1862 cuando Mitre pone a consideración de la Legislatura el tema de la residencia del Gobierno nacional. El lugar de López dentro del partido o coalición opuesta a Mitre fue siempre el de alguien respetado y tenido en cuenta, especialmente como intelectual, pero que, sin embargo, acompañaba, no lideraba ni conducía.

La trayectoria fue, entonces, la de relaciones entre integrantes de fracciones opuestas en lucha por el poder y la conducción del país, lucha en la que la agresión, incluso física y con participación de la fuerza militar, estuvo permanentemente presente. Sin embargo, la posición de cada uno de ellos dentro de su fracción era diferente, no llegando López a acumular como Mitre la variedad e importancia de recursos que construyeron la posición de prestigio y reconocimiento social de este último (militar, gobernante, legislador, periodista...). Sarmiento dirá el 27 de junio de 1883, “Mitre es Buenos Aires” (De Marco 1998: 457). El prestigio de López estuvo ligado, aparte de su condición de hijo de uno de los protagonistas de las gestas de la Independencia, a su carácter de intelectual, abogado y profesor en la Universidad de Buenos Aires.

Por otra parte, desde la polémica de 1852 en la Legislatura de Buenos Aires y la ubicación en fracciones diferentes que allí cobra fuerza, las relaciones entre Mitre y López no fueron meramente las de miembros de partidos diferentes y opuestos en lucha por el poder, sino la de agentes que, desde partidos opuestos, mantuvieron entre ellos la puja por una posición relativa de prestigio dentro de la elite letrada que tenía una participación importante en el proceso de organización nacional fundamentalmente a través de su acceso, uso y control del discurso en sus formas oral y escrita. Una de las pruebas del grado de reconocimiento que alcanzó cada uno de ellos son las distinciones tanto nacionales como internacionales que cada uno fue recibiendo a través de la designación como “miembro correspondiente”, “miembro honorario”, “académico honorario”, “presidente”, etc. de instituciones académicas.

Ambos tienen una larga e importante trayectoria como escritores, tanto en lo periodístico, especialmente en Chile antes de 1852 y que continúan luego en Argentina, aunque de una manera más sistemática y protagónica por parte de Mitre²⁷, como en lo histórico²⁸. Mitre comienza a criticar los trabajos de López, de manera aún no pública, desde

²⁷ Especialmente a través de su diario *La Nación*.

²⁸ López escribió en octubre de 1845 la obra que le valió ser nombrado miembro de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, y que constituyó, según Piccirilli (1972: 50-51), “El trabajo que más acabadamente define el pensamiento histórico filosófico de López”: *Memoria sobre los resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuido a la civilización de la humanidad*. También escribió el mismo año su *Manual de historia de Chile* que fue aprobado para la enseñanza elemental en las escuelas de Chile. Ya en Montevideo, escribió en 1846 la novela histórica *El capitán Vargas*. La cartas con su padre muestran hasta qué punto lo tenía como informante, testigo y juez en materia de historia nacional. En 1851 publicó con V. Alsina la *Colección de documentos sobre las invasiones inglesas* (López 1921: I, 254). En 1872, y hasta 1877, publicó en la *Revista del Río de La Plata*, que dirigió junto con Juan María Gutiérrez, lo que sería luego su *Historia Argentina* (Carbia 1939: 145). Seguramente ésta es la producción que tiene en cuenta Mitre en su carta a Barros Arana en 1875. Hasta este momento no habría existido una referencia crítica pública de uno sobre el otro en lo relativo a la labor intelectual en lo histórico, a pesar de los duros choques en lo político desde 1852 antes mencionados. La próxima publicación de López sería la *Historia de la Revolución Argentina...* de 1881 que, para Mitre, constituyó el inicio de la polémica analizada. Luego, entre 1883 y 1893, publicaría los 10 volúmenes de su *Historia Argentina*.

que éste inicia, en 1872, mientras ambos eran senadores nacionales de partidos opuestos por Buenos Aires, su publicación en la *Revista del Río de la Plata*. Ricardo Rojas, en la “Nota Preliminar” a las *Comprobaciones Históricas* de Mitre ya mencionadas (1916: XXII), cita los términos de una carta de Mitre a Juan María Gutiérrez, co-editor con López de la *Revista del Río de la Plata*. La crítica continúa en 1875, nuevamente en una carta, ahora dirigida a su amigo chileno Barros Arana, pero que saldrá publicada en la *Revista Chilena* en febrero de 1876 (De Marco 1998: 425). López formaba parte de la coalición federal-autonomista que, en las elecciones para diputados nacionales por Buenos Aires de 1874 y dada la vigencia del sistema de lista completa, había dejado fuera a los candidatos del Partido Nacionalista de Mitre (Ruiz Moreno 2000: 475). Éste había salido de la cárcel y había sido indultado por Avellaneda después de la insurrección armada que encabezó luego de perder las elecciones a la presidencia de la nación. Su título militar le sería restituído en 1877 y, en 1878, accedería nuevamente a la Legislatura como diputado nacional. En este período de paréntesis en su actividad como legislador, y en el marco de la reconciliación y acuerdos logrados en la fracción gobernante, Mitre publica en 1876-1877 la tercera edición de su *Historia de Belgrano*.

Cuando se instauró la polémica de 1881, Mitre había vuelto, según expresión de De Marco (1998: 451) “a la serenidad del hogar y de los libros”. El hecho es que, por su participación, incluso al asumir roles de conducción militar a favor de Tejedor en la puja por la presidencia de la nación, a mediados de 1880 fue nuevamente dado de baja del ejército y perdió su condición de diputado de la nación a la que había accedido en 1878. Su actividad estaba, entonces, concentrada en el trabajo intelectual.

López, por su parte, se encontraba en uno de los períodos de mayor producción intelectual que finalizará en 1893 con la publicación del décimo volumen de su *Historia Argentina*, habiendo aparecido en 1883 el primero. A comienzos de julio de 1881 es publicada su *Historia de la Revolución Argentina desde sus precedentes coloniales hasta el derrocamiento de la tiranía en 1852. Introducción*, en la que formula fuertes críticas a la *Historia de Belgrano* de Mitre, en su tercera edición. El 4 de julio, *El Nacional*, en la sección “Redacción”, habla del libro en términos muy elogiosos: “uno de los libros más interesantes y nutridos que hayan salido hasta la fecha de las prensas argentinas” (Madero 2001: 187).²⁹ Desde este diario publicaría López sus respuestas y ataques a Mitre antes

Mitre, por su parte, ya en septiembre de 1843, en el *Diario de la juventud*, expresa su interés por la historia, se refiere a la biografía de Artigas en la que estaría trabajando, y explicita su opción por escribir la historia “dejando hablar siempre a los documentos” (Mitre 1959: Vol. XIII, 12). Ya en Argentina, sus publicaciones históricas comienzan en 1857 con la “Biografía del General Belgrano” en *Galería de Celebridades argentinas. Biografías de los personajes más notables del Río de la Plata*, que sería considerada la primera edición de la *Historia de Belgrano* que, con este título, publicó en 1858/59, año, éste último, de su derrota militar ante Urquiza en Cepeda. La disputa de 1864 con Vélez Sársfield, mientras Mitre era Presidente de la Nación, tiene como base esta segunda edición y está recogida en *Estudios históricos sobre la Revolución de Mayo: Belgrano y Güemes* publicada en 1864. La siguiente disputa histórica sería la de 1881 con López, en la que ya se tiene en cuenta la tercera edición de la historia de Belgrano de 1876/77 llamada *Historia de Belgrano y de la independencia Argentina*. La cuarta y última edición es de 1887.

²⁹ Otro párrafo del artículo aparecido en *El Nacional* dice: “Encuétrase el Dr. López en condiciones especialísimas para llevar a término este pensamiento [de concretar una historia argentina completa] con honra propia y gloria para la literatura nacional, y de antemano puede asegurarse que, una vez terminada su obra, ocupará el primer puesto en nuestra biblioteca histórica. Ha conocido personalmente a

de que tomasen la forma de libro. Mitre, por su parte, se valdría de su propio diario *La Nación* y publicaría luego los artículos en forma de libro.

Pocos días después (el 19 de julio), en el Senado de la nación, el Dr. Carlos Pellegrini, quien desde hacía años venía participando activamente con López en la oposición a Mitre y su partido, y quien, incluso, siendo presidente de la nación en 1890, convocaría a López como ministro de Hacienda, presentó, junto a otros senadores, un proyecto de ley a favor de López para que éste, con el apoyo de recursos del Estado, pudiese continuar la redacción y publicación de su trabajo de historiador.³⁰ “La competencia de este señor para obra de tanta magnitud está acreditada por las obras anteriores que ha redactado sobre historia argentina y la importancia de la obra no necesito encarecerla al senado”, decía Pellegrini (Piccirilli 1972: 124-125).

Desde el Senado de la nación y uno de los diarios más importantes de Buenos Aires en ese momento, senadores y periodistas que han venido y siguen compartiendo con López posiciones partidarias contrarias a Mitre, lo consagran como historiador. En ausencia de lo que constituirían instancias específicas en el campo de la producción histórica, dos poderes políticamente marcados (el poder legislativo y uno de los diarios más importantes del momento) intervienen consagrandolo como historiador a un escritor que, por una parte, comparte con ellos una larga militancia política y, por otra, compite en el reconocimiento como intelectual e historiador con aquél que ha sido durante años el jefe y referente del partido de oposición, hoy políticamente vencido.

Mitre comienza su respuesta el 28 de agosto, siendo de destacar la respuesta implícita previa dada a López por medio del silencio de *La Nación* al no comentar el domingo 3 la aparición del libro, y la publicación, al mismo tiempo, del artículo “Los bibliófagos”.³¹

En esta trayectoria de las relaciones, y en este estado de las posiciones y relaciones entre López y Mitre, se ubica la polémica analizada.

En el marco de una larga, y por momentos tensa, disputa política, la polémica histórica entre ambos contendientes no se centra en el tema principal explicitado, como es la historia del general Belgrano; tampoco en la discusión propiamente histórica acerca de la verdad de los hechos y la manera fundada de conocerlos. Las características de los discursos nos permiten afirmar que lo principal no es el objeto de conocimiento que se trata de construir, sino la ostentación de la propia competencia diferenciada, apoyada en los recursos específicos que cada uno posee –acceso a testigos o posesión de documentos–, y en el ataque a los argumentos y pruebas esgrimidos por el adversario en una lucha en que lo que importa es imponerse venciendo al contrincante.

Dos integrantes de la elite letrada, que forman parte de la clase dirigente y de fracciones opuestas de la misma, que vienen luchando desde hace décadas por el control del poder y del proceso de organización nacional de un país que, desde su independencia, se

la mayor parte de los grandes hombres de la revolución, ha escuchado día a día con el oído abierto y el espíritu recogido, sus conversaciones más íntimas y sus referencias continuas a los acontecimientos en que habían actuado desempeñando los primeros papeles; y ha podido recoger de los labios de un ilustre padre, una infinidad de detalles y de circunstancias que arrojan haces de luz sobre muchos acontecimientos históricos falsificados o encubiertos en los documentos públicos” (Madero 2001: 187).

³⁰ El 30 de septiembre de 1881 salió la ley que destinaba recursos para la “publicación de la historia de la revolución argentina que escribe actualmente el Doctor Don Vicente Fidel López” (Piccirilli 1972: 125).

³¹ Acerca de las lecturas del hecho, ver Madero (2001: 28-32).

ha caracterizado por su desmembramiento, no llegan a esta nueva disputa, aunque la misma tenga como objeto explícito la propia historia, para dirimir principalmente un problema de conocimiento. Se trata más bien de una nueva oportunidad, aunque ahora, y por primera vez, en un marco que no es el del poder legislativo o de una campaña electoral, sino el académico que pondría en juego la verdad sobre los orígenes de la nación, de luchar por posiciones relativas de reconocimiento y prestigio social. Y aunque la disputa tenga como tema un problema de conocimiento, la estrategia adoptada, que el análisis de los textos ha puesto en evidencia, muestra que el eje está puesto en el objetivo de cada uno de presentarse como poseedor de la verdad e imponerse a través de la descalificación del adversario, más que en establecer, en una búsqueda compartida, la verdad sobre el pasado.

Bibliografía

- Bosch, Beatriz (2000): “La organización constitucional. La Confederación Argentina y el Estado de Buenos Aires (1852-1861)”. En: Academia Nacional de Historia: *Nueva Historia de la Nación Argentina*. Buenos Aires: Planeta, Vol. 4., pp. 427-452.
- Bourdieu, Pierre (1990): *Sociología y Cultura*. México, D. F.: Grijalbo.
- Campobassi, José (1980): *Mitre y su época*. Buenos Aires: Eudeba.
- Carbia, Rómulo D. (1939): *Historia crítica de la historiografía argentina*. La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de La Plata.
- Cháneton, Abel (1938): *Historia de Vélez Sársfield*. Buenos Aires: Librería y Editorial “La Facultad”.
- Costa, Ricardo L./Mozejko Danuta Teresa (2001): *El discurso como práctica. Lugares desde donde se escribe la historia*. Rosario: Homo Sapiens.
- (2005): “Hechos y principios: el lugar desde donde se construye la nación”. *Revista Iberoamericana* 213, pp. 993-1013.
- De Marco, Miguel Ángel (1998): *Bartolomé Mitre. Biografía*. Buenos Aires: Planeta.
- Fisher, Roger/Ury, William/Patton, Bruce (1993): *Sí... ¡de acuerdo!* Bogotá: Norma.
- Foucault, Michel (1992): “Nietzsche, la Genealogía, la Historia”. En: *Microfísica del poder*. Madrid: La Picota, pp. 7-29.
- Goffman, Erving (1970): *Ritual de la interacción*. Buenos Aires: Editorial Tiempo Contemporáneo.
- Habermas, Jürgen (1987): *Teoría de la acción comunicativa*. Madrid: Taurus.
- López, Vicente Fidel (1881): *Historia de la Revolución Argentina desde sus precedentes coloniales hasta el derrocamiento de la tiranía en 1852. Introducción*. Buenos Aires: Carlos Casavalle Editor, Imprenta y Librería de Mayo.
- (1916): *Debate histórico. Refutación a las comprobaciones históricas sobre la Historia de Belgrano*. Tomo III. Buenos Aires: Librería La Facultad.
- (1921): *Debate histórico. Refutación a las comprobaciones históricas sobre la Historia de Belgrano*. Tomos I y II. Buenos Aires: Librería La Facultad.
- Madero, Roberto (2001): *El origen de la historia. Sobre el debate entre Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Mitre, Bartolomé (1859): *Historia de Belgrano*. 2 Vols. Buenos Aires: Imprenta de Mayo.
- (1876-1877): *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*. 3 Vols. Buenos Aires: Imprenta y Librería de Mayo de C. Casavalle.
- (1938): *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*. En: *Obras completas de Bartolomé Mitre*. Vols. I a V. Buenos Aires: Edición ordenada por el H. Congreso de la Nación Argentina.

- (1940): *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*. En: *Obras completas de Bartolomé Mitre*. Vols. VI a VIII. Buenos Aires: Edición ordenada por el H. Congreso de la Nación Argentina. (Reproduce la cuarta edición de 1887).
- (1942a): *Comprobaciones históricas a propósito de algunos puntos de Historia Argentina según nuevos documentos*. En: *Obras completas de Bartolomé Mitre*. Vol. X. Buenos Aires: Edición ordenada por el H. Congreso de la Nación Argentina.
- (1942b): *Biografía del general Belgrano*. En: *Obras completas de Bartolomé Mitre*. Vol. XI. Buenos Aires: Edición ordenada por el H. Congreso de la Nación Argentina (Reproduce la *Biografía del general Belgrano* de 1857, publicada en *Galería de Celebridades Argentinas. Biografías de los personajes más notables del Río de la Plata*. Buenos Aires: Ledoux y Vignal Editores.)
- (1959): *El diario de la juventud de Mitre*. En: *Obras completas de Bartolomé Mitre*. Vol. XIII, Buenos Aires: Edición ordenada por el H. Congreso de la Nación Argentina.
- Mozejko, D. Teresa/Costa, Ricardo (2002): *Lugares del decir. Competencia social y estrategias discursivas*. Rosario: Homo Sapiens.
- Pérez Guilhou, Dardo (2000): “Pensamiento político y proyectos constitucionales (1810-1880)”. En: Academia Nacional de Historia. *Nueva Historia de la Nación Argentina*. Vol. 5. Buenos Aires: Planeta, pp. 13-45.
- Piccirilli, Ricardo (1972): *Los López. Una dinastía intelectual*. Buenos Aires: Eudeba.
- Real Academia Española (1970): *Diccionario de la lengua española*. Madrid: Espasa Calpe.
- *Diccionario de la lengua española*. En: <<http://buscon.rae.es/diccionario/drae.htm>> (16/05/2005)
- Ricoeur, Paul (1995): *Tiempo y narración*. Vol. I. México, D. F.: Siglo XXI.
- (2000): *La mémoire, l'histoire, l'oubli*. Paris: Seuil.
- Rojas, Ricardo (1916): “Nota Preliminar”. En: Bartolomé Mitre: *Comprobaciones históricas*. Buenos Aires: Librería La Facultad, pp. IX-XXXIX.
- Ruiz Moreno, Isidoro J. (2000): “La política entre 1862 y 1880”. En: Academia Nacional de la Historia. *Nueva Historia de la Nación Argentina*. Buenos Aires: Planeta, Vol. 4, pp. 453-481.